Orden y lujo silencioso

La moda, lejos de ser frívola, se revela una vez más como un documento histórico de primer orden, un síntoma elocuente de los conflictos sociales y políticos que definen el contexto actual.

Por Amalia Ramírez Rodríguez y Alba Thalía Valle Gómez
Fotos: Tomadas de Internet

En las postrimerías de la modernidad, la moda ha trascendido su función meramente utilitaria o decorativa para convertirse en un termómetro de la ansiedad política y un mapa de las batallas culturales de nuestra época.

La proliferación en los últimos años de estilos como el *clean look*, el *old money* y el *quiet luxury* entre las generaciones más jóvenes no resulta un fenómeno inocente. Más allá de tendencias superficiales, constituyen respuestas estéticas a un clima de incertidumbre y representan, además, una vuelta reflexiva o inconsciente a valores conservadores de orden, tradición y distinción social.

¿De dónde proviene este fanatismo por lo neutro, simple y discreto? ¿Por una apariencia más «limpia» y natural? La moda siempre se encuentra directamente vinculada a los cambios que la movilizan. No resulta casual, entonces, que tales tendencias hayan tomado mayor protagonismo desde 2017 hasta la fecha, cuando el clima político se encuentra muy diversificado y extremista.

INFLUENCIAS Y MEDIACIONES

Corre el año 2016, Instagram está en pleno auge y las Kardashians dominan la escena: la sociedad vive una era de maximalismo. Labios gruesos, maquillaje con *contour*, cejas y pestañas exuberantes; ropa ajustada, cabello de colores, prendas de lujo con logos visibles.

Así se caracteriza la estética conocida como *baddie aesthetic* y cuya reina fue Kylie Jenner. En este contexto, el lujo se democratiza e influencers y «nuevos ricos» tienen acceso a ropa de diseñador. Consumo sin freno, exceso en todos los ámbitos y empoderamiento disruptivo.

La pandemia influyó en otro período de maximalismo y sobreexpresión en la moda como válvula de escape al confinamiento. Posteriormente, se produce un agotamiento estético que coincide con una creciente inestabilidad financiera y el auge global de la extrema derecha.

Pero nada de esto ocurre por coincidencia. Las tendencias estéticas no nacen en el vacío: son respuestas colectivas a contextos sociales, económicos y emocionales. «En momentos de crisis, la psicología colectiva tiende a refugiarse en lo familiar y conocido. Cuando el mundo exterior se vuelve impredecible, lo anterior se simplifica», expresa el psicólogo español José Guillermo Fouce Fernández.

El sociólogo y filósofo francés Gilles Lipovetsky, en su libro *El imperio de lo efímero*, observa que la relación entre sociedad y moda se acelera y petrifica al mismo tiempo que las tendencias de la movilidad social: «paradójicamente, impulsa tanto el modernismo como el conservadurismo», apunta.

En la política, la correlación es aún más evidente. El regreso de figuras como Donald Trump junto con el apogeo de la derecha en Corea del Sur, Argentina o Alemania, marca una restauración conservadora que no solo se expresa en políticas migratorias o fiscales, sino en la moral pública y la estética.

Consecuencia directa, en 2021 las tendencias comienzan a transformarse: el minimalismo, la discreción y la elegancia «sin esfuerzo» adquieren mayor relevancia. Estos estilos y otras microtendencias contrastan con la era *baddie* y reflejan una sensación de miedo, caos e inseguridad. Después de años de crisis políticas, económicas y sociales, la gente busca orden y estabilidad.

MENOS REBELDÍA, MÁS ESTRUCTURA

El paisaje estético contemporáneo está dominado por ciertas tendencias aparentemente distintas pero interconectadas. Una de ellas, el *clean look* (o estética limpia), se define por su minimalismo radical, paletas de colores neutros, siluetas sencillas y un enfoque en la «belleza natural» que, sin embargo, requiere un mantenimiento meticuloso.

Si se adapta la lógica de Anthony Giddens, en su obra *Modernidad e identidad del yo* a este fenómeno, entonces la elección de una estética de apariencia impecable y controlada puede interpretarse como una estrategia de construcción identitaria frente a la incertidumbre. Es un intento de imponer orden y previsibilidad en la propia vida.

Por su parte, el *old money* (dinero viejo) se basa en la tradición y la riqueza heredada, características de la alta sociedad estadounidense y británica entre los siglos XIX y XX. Su esencia reside en la discreción como máxima ostentación: quien realmente pertenece a la élite no necesita demostrarlo con logotipos visibles.

Ahora bien, Pierre Bourdieu, con su trabajo *La distinción*, señala que los gustos y las preferencias funcionan como marcadores sociales que establecen fronteras simbólicas entre grupos y clases. Desde esta perspectiva, el *old money* no es simplemente una elección estética, sino también un símbolo de distinción social.

Es importante destacar que, aunque originalmente era un indicador de clase alta, su popularización a través de redes sociales y marcas accesibles o *low cost* como Zara o H&M ha permitido que jóvenes de diversas clases sociales adopten estos códigos como una forma de aspiración simbólica.

El *quiet luxury* (lujo silencioso) comparte con el *old money* su apatía por la ostentación, pero se centra más en la calidad intrínseca de las prendas —telas superlativas, sastrería impecable— que en las referencias *vintage*. Es el estilo encarnado por marcas como Loro Piana, Brunello Cucinelli o The Row, y popularizado por series como *Succession*.

Lo crucial de estas tres tendencias es que, salvando sus matices, comparten un sustrato ideológico común: la valoración de lo discreto sobre lo expresivo, lo tradicional sobre lo transgresor, y lo contenido sobre lo exuberante.

La moda y la historia también son cíclicas. Si bien ahora prepondera una fase recatada y conservadora, luego le sucederá una tendencia o estilo más desarreglado e imperfecto. Aunque eso sí, el simple hecho de elegir una prenda significa tomar partido —consciente e inconscientemente— en una batalla cultural que define el espíritu de nuestro tiempo.

El clean look apuesta por una piel natural, peinados elegantes y ropa neutra.

El old money se inspira en figuras como la princesa Diana de Gales y en prendas como blazers estructurados, camisas de algodón, faldas de tablas y mocasines.

La artesanía y la elaboración a mano de las prendas de la marca italiana Loro Piana las convierten en piezas de alto valor.

El valor asociado al quiet luxury no reside en que los demáxs reconozcan la marca, sino en el placer propio de poseer un objeto excepcional.

El diseño minimalista celebra la luz natural como un elemento primario.